



Hoja de la Congregación Mariana

Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Abril 1956

Año VI

Núm. 69

TÚ... DE CARA A LA VIDA

A ti, ¿qué es lo que te interesa en la vida?

Suponer algo. Valer para algo. Te inquieta y deprime el sentirte sola, postergada, como si no valieras.

Aspiras a ser interesante. No pasar inadvertida. Que se fijen en ti. Hacer valer tu vida humana. Triunfar.

¿Cuales son tus resortes para triunfar?

Ser lo mas atractiva en gracia y belleza. Buscas en tu figura ir haciendo el juego del interés. Te preocupan tu figura, tu línea, tus vestidos. Porque es resorte de influencia en torno a personas.

Quieres dar la impresión de detallista, femenina, atenta. De fina sensibilidad Afectiva.

A Dios, ¿qué puesto concedes en tu vida?

Le tienes un poquito arrinconado. No cultivas con interés la vida espiritual. Dios es un tanto ajeno al interés de tu vida.

Responde, más bien, a unas conveniencias. Porque así te aprecian más. Eres más considerada.

Es un motivo de interés. Para salir a flote.

Es un recurso en tu necesidad. Súplicas en tu ayuda. Una novena a San Antonio... Y si te falla tu proyecto, dejas -hasta con enfado- de acudir a Dios. Al Señor, muchas veces,

le damos categoría de botones en la práctica de nuestra vida.

Tu piedad es, no pocas veces, en orden a tu interés: para hacerte valer en la vida.

Para terminar, sólo quiero insinuarte la idea de que te prepares ya cara al verano. Para que no te despistes. Para que las ideas y los propósitos de Ejercicios tengan efecto en la práctica diaria de este verano y siempre.

Triunfar en la vida es algo legítimo. Pero no el triunfar sólo a medias. Tienes que triunfar íntegramente. Humana y divinamente. De lo contrario, has fracasado rotundamente.

Ser atractiva es cosa buena en sí. Pero las cosas deben estar en su justo límite. Querer insinuar en tu cuerpo lo que debieras velar; permitir positivamente una impresión sexual en los demás con la excusa de que se fijen en ti, todo eso sería suicida.

Dios, en verano y en invierno, con nieve y con calor, debe ser el centro real de tu vida. No puedes vivir de espaldas a El.

Examinate, por favor en torno a estas ideas que te dió D. José Aguirre en Ejercicios. Analiza tus peligros para este verano y toma tus precauciones...

15 de Abril Comunion General

HIJAS DE MARIA:

en Misa de 7 ó en la de 8 menos cuarto, a elección.

ASPIRANTES:

en Misa de 8 y media.

DIA DE RETIRO:

Día 12, jueves, a las 8 de la noche.

Día 13, a las 6^{1/2} de la mañana.

PLATICA MENSUAL:

Día 13, viernes a las 4 de la tarde.

La gran aventura de una mujer

Hildegard Radam es una mujer fuerte.

Su esposo Gunther Radam, soldado alemán, fué hecho prisionero por el Ejército soviético en el verano de 1944 en los inmensos bosques de la Rusia Blanca. Fué más afortunado que muchos de sus compañeros de cautiverio, y pudo escribir a su esposa, que vivía en Lesum, cerca de Bremen. Con la certeza que su marido vivía, Hildegard aguardó el final de la guerra con ilusión y esperanza; pero Gunther no regresaba.

Desesperada, en la primavera de 1948 —tres años después del fin de la guerra— Hildegard se decide a una empresa arriesgada, la única en la historia de la terrible postguerra: ir al encuentro de su esposo, prisionero en un campo de concentración ruso situado a cuatro mil kilómetros, en la cuenca del Donetz. A nadie dió cuenta de su proyecto y una mañana sacó un billete de tercera clase para Berlín. Llevaba solamente a su pequeño hijo y una maleta. Así comenzó su gran aventura.

Una vez en Berlín se alistó en una compañía de reconstrucción, destinada al trabajo de la Prusia Oriental, cerca de la Unión Soviética. Cerca de cuatro meses, la valerosa mujer fué moldeando sus planes, siempre llevando consigo al pequeño. Obtuvo trasladarse a una compañía de reconstrucción con destino a una población interior de la República Soviética.

La gran oportunidad llegó. En el aniversario de la revolución de octubre, algunos «voluntarios de la reconstrucción» elegidos entre los más entusiastas comunistas, fueron enviados a Moscú para participar en el gran desfile ante Stalin.

Hildegard formó entre ellos. Así llegó a la capital rusa.

Aprovechando aquella confusión Hildegard partió para Stalino. Viajó durante dos días y dos noches.

Habían pasado casi siete meses de ansiedad, de fatiga, de silencio y de esperanza. Pero lo que parecía imposible se había realizado.

Ahora comenzaba la parte más difícil, la más peligrosa. Pero Hildegard no dudó. Al día siguiente de su llegada se presentó al puesto de guardia de la M. V. D.

El agente la miró con curiosidad, y accedió a mirar el registro. Sí, había un prisionero llamado Gunther Radam.

Anotó el bloque y el barracón en un pase y ordenó a otro agente que la acompañara.

Hildegard explica aquel instante: «El corazón me latía con fuerza. Acariciaba a mi hijo que llevaba en brazos. Caminamos una media hora, entre las miradas de todos cuantos nos veían pasar.

Sentía helárseme la sangre en las venas. Por fin, a una cierta distancia,

le vi. Me puse a temblar. Cuando estuve a su lado se volvió y al verme, nos abrazó a mí y al niño en un estrecho abrazo entre lágrimas de alegría y sorpresa».

El policía miró indiferente la escena, y como si hubiera terminado su misión, dió media vuelta y se marchó. Hildegard permaneció en el barracón de los prisioneros con su marido.

Lo más sorprendente de la aventura es que Hildegard y el niño permanecieron durante cuatro días junto al marido y padre.

Pero al pasar la lista, el capitán de la M. V. D. se dió cuenta que allá quedaban una mujer y un niño.

—¿Quién es?

—La esposa del prisionero Radam.

—Bien. ¿De dónde viene?

Hildegard se revistió de valor.

—De Alemania— y añadió—, sin pasaporte, sin permiso, sola con mi hijo.

Los miles de prisioneros aguardaban con ansiedad. El capitán parecía desconcertado y probó de sonreír.

—¿Te parece, camarada, que es forma? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

Hildegard repite haber dicho la verdad y el capitán de la Policía soviética la hace pasar a su despacho. El hombre consideraba imposible la aventura. Cuando ya no le cabían dudas la dejó en su despacho y se dirigió al comandante del campo, un coronel, con el informe de la extraordinaria hazaña.

El coronel puso a un lado de la balanza la gravedad de las faltas de Hildegard, que en el aspecto legal eran extraordinarias: desertión de la compañía de reconstrucción, inmigración clandestina, infracción de las disposiciones para extranjeros, sin contar los falsos motivos que la hicieron enrolarse como voluntaria. Pero por otra parte era tan maravillosa su aventura, tan grande su heroísmo, que el coronel se sintió humano, y ordenó que regresara al barracón con su esposo, mientras enviaba el asunto a Moscú. Hildegard se convirtió en prisionera y vivió meses de felicidad. Era el alma del barracón. Repasaba la ropa de los prisioneros, cosía sus botones, preparaba el té para todos. Y todos admiraban y protegían aquel límpido y gran amor.

Transcurrió un año antes que Moscú resolviera. Un día la llamó el comandante del campo y le dijo que el Gobierno soviético había decidido repatriarla, junto con el chico y el esposo.

Debía partir en seguida. El marido la seguiría cuatro días después. Cuatro días que se convirtieron en cuatro años, pues Gunther Radam no regresó a su hogar hasta el primero de octubre de 1953.